



Ferdydurke:

Madurez y Forma

JAVIER GARCIA

VICENTE JARQUE

UNA de las virtudes más sobresalientes de Gombrowicz es que resulta inasequible a cualquier enjuiciamiento (tal vez no al criminal). Se presta solamente al visceral comentario: al entusiasmo, a la repulsión. Y aun ese comentario, si está en exceso articulado, será sentido por parte de sus fieles —gustadores todos ellos de los ritos iniciáticos: Guillermo Brown, acaso, en la adolescencia— como algo muy cercano a la traición. Y al tiempo, sus entusiastas —por eso, sin duda, lo son— intuyen que oscuramente, o demasiado luminosamente, en Gombrowicz se halla «todo». Quizá no exista otro escritor que haya sido más certero al elegir sus obsesiones: la madurez y la forma (o lo que es lo mismo: la inmadurez y el caos). Su novela «Ferdydurke» es una biblia en ese sentido: «Atravesé hace poco el Rubicón de la ineludible treintena, crucé la frontera, según mis documentos, y mi apariencia semejaba la de un hombre maduro, y, sin embargo, no estaba maduro». Con este descubrimiento, este estupor —tan radical como el de Gregorio Samsa—, se abre la experiencia que «Ferdydurke» pone en juego.

Gombrowicz toma como punto de partida el momento en que despierta la conciencia del infinito cansancio de la civilización (la forma, en su terminología) que apenas consigue ocultar y acallar el caos que secretamente añora. La cultura, como cada cual, sigue la ley del desarrollo que va de la infancia a la madurez, pero, al alcanzar la mayoría de edad, constata, perpleja, su recaída en la más patética y senil depravación: las sirenas seducen desde lo no formado («Sedución», concepto clave en Gombrowicz que da tema y título a su más perversa novela). Y es que hay un eje de seducciones de la madurez por la inmadurez, de la forma por la no forma. «El hombre moderno sabe que la belleza viene de lo inferior, de abajo. La belleza es inferioridad», dijo Gombrowicz en una ocasión. De tal manera seducen «la mujer, el niño, el débil», como los personajes de Ferdydurke, como lugares en los que se mantiene la apariencia de una promesa, la promesa de una felicidad que sólo se encuentra en lo pequeño, en lo importante. Y se establece una dinámica —lo seductor frente a lo poderoso— de universal sadomasoquismo, realidad siempre presente en las obras de Gombrowicz (y de forma excepcional en «Transatlántico»).

La cabeza de Gombrowicz, ese malvado hegeliano, es tan lúcida como perversa, es decir, tan sintética como analítica —y aquí aludimos directamente a ese genial capítulo que es «Filiflor forrado de niño», y literariamente se desparra con una salvaje capacidad para el símbolo: Pimko, la colegiala, el paón, son más que personajes: son temas. Inseparable de todo ello, y mucho más que un vehículo, sorprenderá a quien no los conozca el léxico y la sintaxis, tan luminosos, tan intolerables, tan físicos, y su temible sentido del humor (precedente, recordemos, en sus obras como dramaturgo, del teatro de Beckett o Ionesco). Pero basta. Terminemos. Ahí está Gombrowicz, ese genio polaco (como Schulz, como Witkiewicz, sus compañeros de generación) con su obra maestra, «Ferdydurke». Para quien quiera leerlo. □

La venida del maldito

JOSE MARIA IZQUIERDO

Si alguno de entre vosotros aún respira, ferdydurkista, que no desespere porque yo no he muerto. Cuando se inicia la libro-adicción a los diecisiete, en mi caso hace ya trece, se abren las puertas de un mundo fascinante. En aquellos tiempos recuerdo «Una temporada en el infierno», de Rimbaud, aunque al fin prefiera a Baudelaire. «La realidad y el deseo», de Luis Cernuda; «El diablo en el cuerpo», de Raymond Radiguet; «La República», de Platón; «La Revolución permanente», de Trotsky, y el «Ferdydurke», de Witold Gombrowicz, fueron mis compañeros inseparables.

«Ferdydurke», su libro, me fue prestado —no recuerdo bien por quién— en una edición sudamericana, argentina. Años más tarde, hablando en un café corsario —conversación que hemos recordado tantas veces en «Tatuaje» y «Feelings», descubrí que un par de inseparables amigos también gozaron del privilegio de conocer a Ferdydurke. Fue tanta nuestra militancia «ferdydurkiana» —perdona, Ferdy— que llegamos a concebir en la Feria del Libro del año pasado la publicación del libro en una preciosa edición pirata para los amigos. Edhaza se nos ha adelantado. Hubiera sido necesaria, quizás, su aparición en España en aquellos años en los que proliferaba aún los «ismos» y existía la vanguardia. Pero posiblemente no hubiera cumplido tan correctamente su papel anticonvencionalista como en estos momentos en los que la estupidez conservadora del mercado, el postmodernismo, campea por sus respetos.

El propio autor nos habla de Ferdydurke definiéndolo en su «Autobiografía sucinta, textos y entrevistas» (Barcelona, Anagrama, 1972). «...Recuerdo que siendo todavía un niño ya sabía (era un conocimiento espontáneo) que no se puede ser ni "auténtico" ni "definido". Puede encontrar esta convicción en Ferdydurke. ¿Cómo es el héroe de Ferdydurke? En su interior no es más que fermento, caos e inmadurez. Para manifestarse hacia el exterior y, sobre todo, frente a los demás hombres, necesita la forma (y entiendo por forma todas nuestras posibilidades de manifestación, como la palabra, las ideas, los gestos, las decisiones, actos, etc.). Pero esa forma le limita, le deforma y le viola. Expresándose a través de un ritual ya establecido de actitudes y formas de ser, está siempre falseado y se siente actor. ¡La forma es el traje que nos ponemos para cubrir nuestra vergonzosa desnudez!... Y, sobre todo, para parecer delante de los demás más maduros de lo que somos» (página 27).

En la carta a los ferdydurkistas que le enviara en 1970 a Jaroslaw Iwaszkiewicz afirmaba Gombrowicz que «muy pronto, la nave de Ferdydurke pondrá proa a las costas españolas y partirá después a la conquista de las riberas francesa e inglesa...». Han tenido que transcurrir quince años para que su afirmación se cumpla dividiéndose en el horizonte de las costas de este extraño país la arboladura del pequeño yate de Ferdy.

No desesperéis, pues. Aun sabiendo que el actual desierto perdurará a pesar de Ferdydurke, «porque (y con ello os revelo un secreto) el ferdydurkismo no es más que la voluntad de creación, y ferdydurkista es todo aquel que exige que el arte sea creador». «Postmodernos, al supermercado! ¡Ferdydurke cabalga de nuevo!» □



Pasión

JULIO RICARDO TRIGO

ES obvio que la obra literaria está sujeta a múltiples avatares. Así, la falta de una feliz casualidad, de amigos, o un mucho de ese algo tan indefinible que es la suerte, hacen que permanezcan en la sombra autores con sobrados merecimientos para ocupar un puesto en la anárquica parafernalia del mundo literario de nuestro país. El caso de J. R. S. Bigné es un ejemplo significativo; una labor de diez años dedicados a la narrativa, seis novelas inéditas e incontables cuentos, textos todos ellos merecedores de atención —algunos rozando lo excelente— no han tenido todavía la suerte, o lo que sea, de ver la luz. Un premio de narrativa que va adquiriendo solera, el Flor de Cactus, ha sido el empuje para la publicación de uno de sus mejores cuentos.

«Cuento de amor» (1) es, ante todo, un conflicto de ideologías, pero en lo que éstas tienen de pasión. Un plato de lentejas sirve a la protagonista, a la manera tradicional, pero con una función de revulsivo, de contraste, de rechazo de lo no deseado, para recordar toda una serie de acontecimientos que le han llevado a su situación actual. El monólogo, donde los continuos «flash-back» actúan de contrapunto de la historia, configurará todo un mundo donde ya nada merece la pena, quizá sólo un momento, un instante ya pasado, incita el recuerdo y ese recuerdo habrá de alimentar a la protagonista veinte años! Ella expone claramente, dividida entre el amor, el deshecho, el odio: «...me he limitado a elegir el lugar de tu recuerdo».

Decía Julio Cortázar que, así como la novela gana a los puntos, el cuento debe ganar por «knock-out», y es éste quizá el mayor mérito del cuento de J. R. S. Bigné; sus páginas contienen todo el instante posible de la protagonista, su pasado, su presente y su futuro quedan, descarnadamente, a los ojos del lector.

El cuento es también la narración de unas maneras propias de toda una época. Así, nos presenta el amor —también el sexo, por éste como algo que lucha por salir a flote, por su libertad— como motor del mundo; los lugares —Barcelona en este caso como referente de los anhelos de una generación, los lugares son diferentes, los actos no: el Tibidabo, la plaza de Cataluña, no son sino lo que allí acontece, lo que en ellos hemos vivido o deseado vivir.

(1) J. R. S. Bigné, «Cuento de amor». Flor de Cactus. Gandía, 1985. □